

Clausewitz y la Guerra del Golfo

JOSÉ A. PIZARRO PIZARRO
Teniente Coronel de Aviación

RESULTA curioso comprobar como al cabo de los años y tras haberse hablado en varias ocasiones de la superación de los planteamientos de Clausewitz, estos planteamientos recuperan su vigencia una y otra vez.

Cuando al término de la Primera Guerra Mundial se comprobó que el número de bajas padecidas por ambos bandos en las batallas de Verdún, el Marne y el Somme, excedía con mucho los márgenes de lo tolerable, y no se había obtenido a cambio ninguna ventaja estratégica ni táctica, se empezó a pensar que tal vez aquello de que el fin de la acción guerrera era "dejar indefenso al enemigo", no era del todo cierto. Se habían hecho todos los esfuerzos imaginables para conseguir este objetivo y el resultado era un baño de sangre absolutamente disparatado y completamente inútil.

Los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial, guerra que no era sino la continuación de la primera, volvieron a poner de actualidad el pensamiento del viejo prusiano. No porque se respetasen sus principios al pie de la letra, sino más bien por lo claramente que se pudo comprobar que el no seguimiento de estos principios solamente conducía al desastre.

Las guerras de Corea y Viet Nam, fueron de nuevo duras lecciones para el mundo occidental. Clausewitz pa-

recía definitivamente enterrado y en consecuencia nadie parecía recordar que "comprender el conflicto que se libra es la principal virtud del estratega", que "existe un núcleo de fuerza



Carl Von Clausewitz

en el que se concentra toda la capacidad del enemigo y contra este centro de gravedad es contra el que se ha de actuar", que "la guerra no es más que la continuación de la política del Estado por otros medios", que "hay un punto en la victoria que no conviene rebasar", etc. etc.

En el reciente conflicto del Golfo las cosas han sido completamente diferentes. Las potencias aliadas han hecho una demostración convincente de su nueva actitud hacia los principios que tantas veces se consideraron

superados y que una vez más han demostrado su plena vigencia. Quizás los estudiosos de los asuntos militares se hayan sorprendido al comprobar que por fin las cosas se han hecho

tal y como había que hacerlas y que la "mala racha" comenzada por los franceses en Indochina y continuada por el mundo occidental en Corea y Viet Nam ha llegado a su fin. Sin embargo no se ha tratado de ninguna mala racha ni se trata ahora de un golpe de fortuna. La guerra tiene sus leyes, su dinámica y sus principios y no se puede pretender ignorar unas y otros sin sufrir las consecuencias.

Tanto en Corea como en Viet Nam se cometieron errores que en Irak no se han repetido. En primer lugar en ambas guerras asiáticas faltó una definición clara del objetivo político del conflicto, definición absolutamente indispensable pues no se puede ignorar que la guerra no

es más que "la continuación de la política por otros medios" y si no se tiene claro, muy claro, lo que se pretende conseguir desde el punto de vista político, es imposible encauzar adecuadamente las energías en juego, por muy grandes que estas sean. En segundo lugar no estaba clara la victoria, no se sabía exactamente lo que había que conseguir para considerar ganada la guerra; no olvidemos que se trataba de guerras no declaradas y que no iba a haber una rendición formal de un enemigo que oficialmente

no lo era. En tercer lugar no se supo localizar el centro de gravedad del enemigo, ese núcleo de fuerza contra el que las actuaciones habían de ser prioritarias. Por último no se supo evitar el rebasar el punto crítico de la victoria, ese punto a partir del cual la situación más ventajosa se convierte en problemática y luego en desfavorable si no se detienen las acciones a tiempo.

Nada de esto ha sucedido en el reciente conflicto del Golfo. Las potencias coaligadas, encabezadas de forma inequívoca por los Estados Unidos, han dado una verdadera lección de arte militar que deberá ser estudiada y tenida en cuenta en el futuro. Y esta lección, salvando las distancias temporales, parece dictada por el propio Clausewitz.

Desde las primeras acciones estuvo muy claro el objetivo político perseguido: impedir que un dictador con delirios imperialistas mantuviese el control de una zona vital para occidente. Era preciso a cualquier precio evitar que un recurso de la importancia del petróleo quedase en manos de una persona tan poco fiable como Saddam Hussein, y no había duda de que la ocupación de Kuwait daba a dicho líder una posición en el mercado internacional de hidrocarburos de absoluto predominio, más aún si se considera la posibilidad de amenazar a Arabia Saudí de la forma en que estaba en condiciones de hacerlo.

Con el objetivo político perfectamente claro, la coalición comenzó sus acciones contra lo que era el centro de gravedad del enemigo: la capacidad militar de Irak. Un Irak desprovisto de sus fuerzas armadas o incapaz de ejercer una adecuada coacción militar era un enemigo vencido. La victoria por lo tanto se lograría a partir del momento en que el ejército irakí perdiese su aureola de fuerza temible, de "cuarto poder militar del mundo".

Conseguir esto no resultaba fácil en un mundo en el que cualquier intervención fuera de las propias fronteras tiene automáticamente el calificativo de neoimperialismo. Los militares coaligados estaban sin duda en condiciones de destruir las fuerzas armadas irakíes sin necesidad de hacer

un gran esfuerzo, pero no se trataba simplemente de eso, había que lograr recuperar el control de la zona y para ello se hacía necesario actuar en un marco de legalidad que sólo la acertada cobertura política podía proporcionar. La guerra al servicio de la política, siempre subordinada a la política, la eterna lección de Clausewitz. Por eso, y por las naturales condiciones en que tienen que actuar los países democráticos en un mundo que aspira a crear unas normas de convivencia válidas, se actuó siempre en el marco de las resoluciones de las Naciones Unidas. Lo contrario habría podido proporcionar la victoria militar pero no habría llevado a nada útil.

Una vez iniciadas las acciones militares resultaba urgente conseguir la destrucción del poder y potencial militar irakí, pero también era importante hacer una completa demostración "ante cualquier observador atento" de las auténticas capacidades de las fuerzas armadas coaligadas. Ya que se estaba en guerra había que sacar el máximo partido de la situación con el mínimo de bajas y había que conseguir que las condiciones de estabilidad que siguiesen al conflicto fuesen mayores que las que se daban cuando éste se inició. Para conseguirlo no se regatearon esfuerzos. Los políticos dejaron la parte técnica en manos de los militares pero no perdieron en ningún momento el control de la situación. Se habló del fracaso de la ofensiva inicial, de la enorme capacidad de amortiguación del ejército irakí, del fallo de la inteligencia de la coalición y de incapacidad de la aviación para resolver el conflicto favorablemente. Todo ello no hacía sino justificar de cara a una opinión pública internacional, generalmente quisquillosa en estos asuntos, la continuación de la ofensiva de bombardeo que estaba dando excelentes resultados a precios muy económicos y a la larga terminaría por neutralizar lo que estaba definido con toda claridad como el centro de gravedad del adversario: las fuerzas armadas irakíes.

Cuando quedó claro que la capacidad militar irakí estaba reducida a su mínima expresión se lanzó la ofensiva terrestre. No hacía en realidad ninguna falta; no había que ocupar nin-

gún terreno ni tomar ninguna capital de ningún enemigo -no se había declarado la guerra- ni era preciso destruir más unidades de las ya destruidas. Sin embargo era necesario dar al mundo la prueba definitiva de que el ejército irakí ya no existía, que las unidades de "la temible guardia republicana" no estaban en condiciones de hacer absolutamente nada. Y esta prueba irrefutable la dieron las fuerzas de la coalición penetrando en el territorio nacional de Irak sin sufrir más pérdidas de las que hubieran tenido en unas maniobras de gran envergadura en tiempo de paz.

La guerra estaba ganada, sin embargo aún quedaba una última lección. Cuando el camino de Bagdad estaba expedito para las unidades blindadas de la coalición, y sin duda los jefes de los escuadrones de carros soñaban con una galopada victoriosa que se pudiese comprobar con las de sus antepasados, los húsares decimonónicos, los políticos dieron la orden de detener las operaciones. Quizás fue ésta la más sabia de las decisiones. Se trataba de lograr unas condiciones de paz más estables, de restablecer el control sobre la zona, y no era posible lograr esto con algo que, con seguridad, la opinión pública mundial hubiera considerado una intolerable muestra de neoimperialismo. Clausewitz tenía razón; no se puede rebasar el punto crítico de la victoria, y en esta ocasión estaba claro que una victoriosa entrada de las unidades blindadas en Bagdad hubiera sido difícil de soportar para los países árabes, muy preocupante para la URSS, angustiada para Irán y difícilmente justificable ante la opinión pública de los países democráticos.

La guerra es política, no tiene otra naturaleza ni más finalidad que la de ser un instrumento de ésta. Algo de apariencia tan simple es fundamental, demasiadas veces su ignorancia ha conducido a desastres de grandes proporciones cuando la victoria militar estaba al alcance de la mano. Ahora parece haberse invertido la tendencia, las cosas se han hecho mucho mejor que en ocasiones anteriores pero el maestro ha sido alguien que pese a los años transcurridos aún está por superar: Carl Von Clausewitz. ■